
CAPILLADA 116. (64 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis impertinens misticonus
dixerit Fr. Gerundium non ha-
bere necessitatem asistendi más-
caris in sæculo, sicut habebat
asistendi mitinis in clauistro,
anathema sit.*

Si algun misticon impertinente
dijere que Fr. Gerundio no tiene
necesidad en el siglo de asistir á
funciones de máscaras, como la te-
nia en el clauistro de asistir á mai-
tines, le declaro incapaz de sacra-
mentos.

CONC. 4. GER. CAN. 12.

FR. GERUNDIO EN ORIENTE.

Antes de ir á Oriente, permítanme vds. ir
en un pronto al Norte, que al instante vuel-
vo. En tres minutos me planto yo en París y
me pongo otra vez aquí de vuelta. Este modo

de viajar instantáneamente, yo Fr. Gerundio que he estudiado teología, sé que es propio de los ángeles; pero como yo soy tambien un angelito, he aprendido á viajar angelicalmente como ellos.

Es tradicion universalmente admitida, al menos en los pocos paises por donde yo he viajado en cuanto hombre, el dicho de un viajero francés que recorria la España por esta estacion del carnaval; pues se cuenta de él que escribia á su pais, como una observacion curiosa y estraña, que los españoles enloquecíamos en estos dias que llamamos de antrnejo ó carnestolendas, y que despues en un mismo dia nos restituía el juicio un sacerdote con unos polvitos de ceniza que nos ponía en la frente. Esta tradicion histórico-fabulosa ha dejado en el vulgo de España la idea de que solo los españoles celebramos esta especie de fiestas bacanales tomadas y conservadas de los tiempos y creencias del gentilismo. Y asi es bueno que sepan los españoles todos por conducto de Fr. Gerundio que los franceses loquean en estos dias tanto ó mas que nosotros, como no podia menos de suceder; porque fuera una anomalía que el pueblo francés cediese al español en todo lo que es movimiento, bu-

lla, saltos y locuras. Asi es que *el Musard, l' Opéra, Valentino, la Rainessance*, y otros teatros de París son unos hormigueros nocturnos de máscaras tan animados y bulliciosos como pueden serlo Cervantes, el Príncipe, Villahermosa y Oriente en Madrid. Si alguno todavía dudase, oiga cómo se explica, no Fr. Gerundio, sino el folletinista del *BON SENS*, periódico de París, en el número del domingo 20 de enero. «En este momento (es la media noche, dice) todo París se mueve, se agita, se convulsiona, se contornea. Todo París está entregado á danzas furiosas y epilépticas, con un déjate-querer, con una aficion, con un entusiasmo, con un delirio, *trionphans* les llamaria, si no hubiese usado ya esta espresion favorita y superlativa de Mr. Hugo y de su escuela.» Rectificada esta tradicion me vuelvo de París, y ya tienen vds. á Fr. Gerundio en Madrid otra vez. ¿No se lo decia yo?

Ahora si, ahora me voi á Oriente. Yo habia oido decir muchas veces que el salon de Oriente era acaso el mas suntuoso de Europa, y por lo mismo, y como que es tambien el primer carnaval que mi Paternidad Gerundiana ha estado en Madrid, estaba ya deseando que se abriera, y quise aprovechar la primer noche

de su apertura para verle y ver las máscaras que suponía bullirían en él. Le encargué á Tirabeque los disfraces á su gusto, y me trajo los que vds., lectores de mi corazón y de mi vida, pueden ver en la adjunta lámina. «Pero hombre, le dije, ¿qué trajes has traído aquí? ¿No ves que estos no son ya del día en el estado actual que tienen hoy las máscaras?—Es que tampoco son para de día, señor, que son para de noche.—Salida propiamente tuya. Quiero decir que no son de los trajes mas admitidos en la moda dominante de máscaras, que tambien en las máscaras como en todo hay modas, y hay bueno ó mal tono, buen ó mal gusto, y mas ó menos elegancia. ¿Qué capricho te movió á elegir precisamente estos disfraces?—Señor, el ser españoles. Yo fuí al almacén y dije: «á ver un par de vestimentas para dos españoles rancios; el uno alto y seco, y el otro bajo y rechoncho.»—¿Las quiere vd. á la asiática, á la griega, ó á la romana? me dijo el paisano aquel. Yo le dije: ¿vd. tiene gana de conversacion? ¿Sabe vd. con quien está hablando? Sepa vd. que Fr. Pelegrin Tirabeque y su amo Fr. Gerundio son mas españoles de lo que vd. piensa, y que aunque sea disfrazados y de máscara, no quieren dejar de parecer españo-

les limpios y castos en pensamientos, palabras y obras. Con que así deme vd. si le place, las dos vestimentas mas españolas que vd. tenga, y sinó iré á otra parte á buscarlas. Con que me dió estas que vd. ve.—Bien, hombre, bien; solo por el españolismo que has mostrado adoptaria los trajes aunque fueran peores. Veamos á ver qué tál nos vienen.

Acomodámonos cada uno el nuestro, y al ver lo ajustados que nos venian no pude menos de admirar el ojo de Tirabeque, que en esto mostró ser mejor cubero que D. Pio Pita. Yo miraba á Tirabeque, y no podia menos de reirme. «Estás hecho un guerrero, Pelegrin. Hombre, no puede menos que ese traje quedara de algun enano que ocompañara al duque de Alba en sus viajes á Flandes, ó de algun timbalero que fuese incorporado á la malograda expedicion de Trípoli.—¿Y vd. qué parece, señor?—Oh, yo parezco otra cosa: no sé de que estatura y de qué carnes seria el célebre ministro de Carlos III D. José Moñino, conde de Floridablanca, pero si era de mi talla y de mi hueso, debo estar muy parecido á aquel personaje.

En estos y otros diálogos se llegó la hora, salimos de casa, y abordamos (náuticamente ha-

blando) al salon. La entrada en este Oriente me hizo una sensacion enteramente opuesta á la que pone un célebre trágico francés en boca del rey Antioco, sin duda cuando se vió obligado á refugiarse á otro Oriente despues de la derrota que le causó Escipion el asiático, cuando le hace decir:

«Dans l'Orient desert quel devint mon ennui!»

«¡Qué tristeza me infundia
aquel Oriente desierto!»

Yo al entrar en el Oriente de Madrid hubiera de buena gana esclamado en contraposicion con el dicho de Antioco:

«Dans l'Orient peuplé quel devient mon plaisir!»

asi en francés y todo, para que la imitacion fuese mas esacta, sino hubiera temido resentir el españolismo de Tirabeque, y el mio tambien al mismo tiempo; y asi me contenté con decir á Pelegrin, traduciendo el pensamiento:

¡Qué animado está este Oriente!

Aqui no se sienten penas.

Y me quedé atóvito cuando le oí contestarme á renglon seguido:

Si señor, y algunas cenas
consumirá tanta jente.

El salon me pareció en efecto suntuoso; y

si bien yo no conozco los mas célebres del extranjero sino por los libros ó por las relaciones de los que les han visitado, y de lo que he visto no podia hallar otro término de comparacion mas que la sala de ayuntamiento de Carabanchel, la camara abacial de mi convento y otras semejantes, aquel artesonado, aquellas ocho elegantes columnas, aquellas largas filas de arañas, aquellos magníficos espejos, aquellos gustosos pabellones, aquellas galerias y aquella orquesta y aquel alfombrado y todo aquel conjunto me pareció constituia uno de los mas magníficos y vistosos salones de baile propios de una corte, y que deberá competir, si es que no les escede, con los mas suntuosos de las demas cortes de Europa. Y si á ello se agregan tantas otras poco menos espacijas piezas de baile, de descanso, de juego, de lectura, de ambigú y de tocadores y retretes para señoras y caballeros como se encuentran dentro del edificio de aquel teatro, indudablemente debe conjeturarse que habrá, aun en las cortes mas populosas, pocos locales mas apropiado para máscaras que el teatro de Oriente de Madrid.

Allí pues, en aquel golfo oriental de enmascarados vivientes comenzaron á flotar el

bergantin de Fr. Gerundio y el bote pescador de Tirabeque, bogando á un lado y á otro en inciertas undulaciones, como me figuro yo que bogarán los botes y bergantines de los comerciantes y pescadores venecianos por el golfo que penetra por entre la Italia y la Dalmacia; ó como fluctuarían por el de Lepanto las na-
 ves de D. Juan de Austria y las de aquel pícaro Selim que tan mal recado nos hicieron. Yo no sé si correrían mas peligro de hundirse aquellas naos luchando con el embravecido elemento, con los bancos y escollos de los mares y con el fuego del cañon enemigo, como el que corrían de naufragar nuestras reverendas chalupas, tropezando aquí con la proa de una chusca y oprimida boléra, allí con la popa de una frescachona valenciana; echando acá á babor con una hermana de la caridad; rozándonos allá á estribor con una vestal de torneadas formas: enredándonos por un lado el remo en las flotantes hebras y espirales bucles de una jardinera, y por otro el palo mayor en el largo velo de una sultana. Cada paso era un escollo, á cada movimiento hallábamos un banco de arena, cada máscara era una Escila, y en aquel Oceano de caretas, y en aquel piélagos de disfraces, y en

aquel flujo y reflujo de animadas olas , undulábamos Tirabeque y yo sin atinar á haer uso del remo, ni saber siquiera á qué altura del polo nos hallábamos por falta de brújula, siendo dos retratos vivos vestidos de máscara de los vaivenes y borrascas que vá cinco años corre la nave del estado dirigida por pilotos desgraciados que no han sabido usar del remo, ai conocer la brújula, siempre fluctuando entre borrascas, y siempre amenazando naufragio y siempre en riesgo de sumirnos todos con ella en el fondo.

Cuando menos lo pensé , eché de menos á Tirabeque; á Dios, dije para mí, el barquichuelo de los legos esclaustrados se vá á ir á pique esta noche sin remedio; y estube ya por esclamar: «San Telmo, San Telmo! Socorro, socorro!» Pero conocí que pedir auxilio á gente enmascarada era lo mismo que pedirsele á Luis Felipe, y suspendí la voz de socorro por inutil. Yo seguí por allí sin rumbo ni direccion cierta; cuando deteniéndose frente á mi una beata, me dijo: «máscara, te conozco.»—¿Tú á mí? No puede ser; te has engañado.—No me he engañado, no: deseaba verte para decirte que nos vas olvidando mucho: eres un picarillo, que te acuerdas mas

de las vindas de los militares que de tus hermanas de hábito, y eso no está en el orden. Mira si das luego una capillada para que nos paguen algo, que estamos may atrasadas.—¿Y qué lo he de hacer yo, hija mia? Eso házselo presente al gobierno.—No, no, á tí, á tí—Y rodeáronseme mas de quince hermanitas de diferentes órdenes; gritando todas «á tí, á tí.» —Pero hijas, si este no es sitio de hablar de estas cosas: cualquiera de vosotras, la mas joven, como se acostumbra en vuestras comunidades para ciertos oficios, puede ir mañana á mi celda, y allí hablaremos despacio lo competente.—No, porque no podemos salir del claustro de dia: esta noche nos hemos escapado sin que lo advierta la abadesa.—Pues bien, bien; yo se lo diré.—No, á la abadesa no se lo digas.—No, hijas, no; al gobierno.

No bien me habia separado de las santas madres cuando me dijeron otra vez: «te conozco, máscara.» —No, no me conoces.—Si te conozco, si. ¿Quieres que te dé algunas señas de que te conozco?—Sí, dámelas.—Mira, hoy á las doce te llevaron un comunicado para que dieras una capillada á D. Pio Pita sobre haber empleado en loterias á cierto sugeto que no hace mas que dos meses que sirve en el ramo,

saltando la escala y poniéndole delante nada menos que de otros doce empleados que llevan catorce años en la renta.—Te equivocas, máscara, has cambiado la especie. Tu hablarás por el administrador de las cuatro calles, que es el que ha subido desde el número nueve hasta el uno, siendo así que por reglamento correspondía esa administración á otros mucho más antiguos en el ramo; esto es lo que tengo noticia que ha hecho el hermano Pita y no más.—Quien se equivoca eres tú, Fr. Gerundio, que eso último te lo comunicaron ya antes de ayer, y esto ha sido hoy, y se ha verificado en las oficinas de la Dirección; que son dos casos distintos. Acuérdate bien.—Admirado me dejó aquella máscara al ver que sabia mas que yo.—¿Quieres mas señas?—No, le dije, demasiadas me has dado.

Yo la dejé huyendo de que me hablasen de cosas políticas. Creía yo que ya nadie mas me conocería, pero no daba un paso sin que me dijese: «á Dios, Fr. Gerundio, cuidado no me des capillada:» Ola, Fr. Gerundio, ¿dónde has dejado á Tirabeque? Y oía preguntarse unos á otros; quién es Fr. Gerundio?—Ese, ese; el español; el que va todo de español de arriba abajo.—El habia de ser, porque no sabe dis-

frazarse mas que de español; ó de español antiguo ó de español moderno.»

Efectivamente conocí de nuevo lo que dije ya el año pasado en Leon; que Fr. Gerundio no sirve para disfrazarse, y así me quité la careta. Entonces se me acercó un dominó y me dijo: Ola, Fr. Gerundio; ¿con que te has quitado la máscara?—Si, por que yo lo mismo soy con ella que sin ella.—¿Sabes que me ha gustado mucho tu artículo sobre la disolucion de las Cortes?—Me alegro: ¿me dirias lo mismo sin careta?—Lo mismo. Y debes animar mas á los ministros á que las disuelvan.—¿A ti te parece que será conveniente?—Mucho. Pero este gobierno es demasiado tímido; Yo por eso solo le hago la oposicion.—¿Con que tu eres de la oposicion, hé?—Si; lo soy.—En esto me dijo otro dominó que estaba á la izquierda: Fr. Gerundio, tus sentimientos son buenos, y por lo mismo es lástima que vayas errado en algunas cosas. Yo soy un apasionado tuyo, y estoy en obligacion de advertirte que ganarías mucho crédito y aun muchos intereses si te acercases á saber algunos proyectos del gobierno, que son lo mas util que se ha concebido hasta ahora, y los recomendases al público: te aseguro que no perderias nada; mira que te lo

dice quien se interesa en tu prosperidad y en tu gloria.—Fr. Gerundio, me dijo un sombrero chinesco, á estos no les creas, que te engañan; mira que hay planes contra la libertad de imprenta; y no te digo mas.

Pues señor, dije para mí; mi oficio es arrancar la máscara á todo el mundo; fuera con ellas. Se las arranqué, y hallé en efecto que los dos enmascarados eran dos agentes políticos del gobierno, de quienes me habian dicho la noche anterior que andaban trabajando por ganar la prensa en favor de él bajo el disfraz del bien público, y de proyectos saludables. Y que el tercero era otro satélite de cuenta, que bajo la misteriosa máscara de que el gobierno proyectaba atacar la libertad de imprenta si lograba disolver las Córtes, trataba de comprometer á Fr. Gerundio á que hablase contra la disolucion de estas, y á hacer una oposicion mas viva al ministerio.—Ya veis que os he conocido, les dije á todos tres: dad gracias á que no traigo aquí la capilla, que si nó aquí delante de todos os sacudia. Ya sabeis que á Fr. Gerundio bajo ningun disfraz se le gana, ni contra el gobierno ni en favor del gobierno. *Os conocí, ahora temed mi capilla.*

Tirabeque entretanto se estaba haciendo un agua con una manola, que le tenia vuelto el seso y trastornado el juicio. Cuando yo le encontré, le estaba diciendo: «*qué saladote y que renóno eres!*» Y le hacia una mamola con la mayor afectuosidad y cariño. El, el bobalicon, se dejaba acariciar y se sonreia como un tonto, conociéndosele á tiro de ballesta que

estaba bañado de placer y de contento.—Tira-beque, que nanfragas, le dije. ¿Por qué te has quitado la careta?—Señor, porque me dijo que me la quitára. ¡Cuánto siento que vd. haya venido ahora, señor! Ya tenia medio hecha la conquista.—Me reí de su simpleza, y agarrándole de un brazo, me le llevé conmigo hacia las piezas del ambigú, porque ya tenia gana de tomar algun refrigerio.—Si viera vd., señor, qué cosas tan ricas me decia!—Mira, Pelegrin, y sítvate de gobierno: ni á máscaras políticas ni á máscaras amorosas les creas nunca una palabra. Sabe Dios lo que se puede creer en esas materias, aun sin máscara....

En esto llegamos al ambigú: todas las mesas estaban ocupadas, y no habia mas remedio que estar, á lo cesante, aguardando á que vacára algo. Pero mis esperanzas se veian burladas muchas veces, porque como no era posible mirar á todas partes á un tiempo, sucedía que aunque vacase un puesto, nunca faltaba quien le antecogiera: unos se tomaban por intriga, otros por asalto, y allí ningun respeto absolutamente se tenia al mérito ni á la antigüedad. En aquel barullo el mas osado era el que sacaba mejor partido: parecia ambigú ministerial. Hora y media estube en pie, y ya estaba resuelto á retirarme, como Van-Halen del castillo de Montan, esto es, *sin tomar nada*, cuando quiso la buena suerte que vacáran dos sitios de la punta de una mesa, y como el cesante á lo que está es á meter el hocico, no quisimos dejar pasar la ocasion de agarrar algo. Casualmente era la mesa en que estaban el

Gefe Político y un alcalde Constitneional; de modo que nos juntamos los cuatro que podíamos dar capillada, cada uno por su estilo, si alguno se desmandaba en aquellos lugares. Aquella mesa parecía una reunión de podéres.

Cojí la lista impresa de los artículos de repostería para elegir lo que habia de tomar, y lo primero que hallé en ella fué: UN CONSOMÉ, ó sea caldo. Por vida de Cristo Padre, dije, que llamar al caldo *un consommé* es un insulto á un español como yo. Continúo leyendo, y encuentro: ORDOVRES; y debajo: *aceitunas, cornisones, ostras escabechadas.* ¡Por vida de mi padre S. Francisco, que á esto lo han de llamar ORDOVRES! Sigo repasando y en el artículo ENTRADAS halló lo siguiente: *Salmis de chochas: chuleta de ternera á la papillote; biftek: pie de puerco á la Sainte Menehoult.* S. Hilarion bendito me valga.....! ¿Qué he de elegir yo de esto, si no entiendo siquiera lo que es? Tirabeque, ¿te acuerdas tu que allá en el convento, donde tantos pies de puerco se comian, los pusieran alguna vez á la *Sainte Menehoult*?—Señor, yo no me acuerdo de tal cosa.—¿Y qué sera *biftek*, hombre? Esto parece que está en aleman.—Señor, puede que signifique *oreja de cerdo*, porque es lo que suele ponerse con los pies de este animal.—Vamos á ver las FIAMBRES. *Ensalada de pollos á la rochere: perdiz de jus froid: ternera á laspique: gateau de liebre....*—Señor, no siga, que eso quiere decir que aquí dán gato por liebre: y sinó mire vd. cómo lo han puesto en francés: si los franceses no nos

pueden dar mas que gato por liebre.—Aguarda á ver, hombre: ENTREMESES. *Petipó: un flan: cangrejos....*—Señor, y á los cangrejos les llaman entremeses? Y mucho es que no les llamen *cangrilleaus*. Vamonos de aquí, mi amo, que esto no es para españoles.—No, eso no; algo es preciso tomar. ¿Tu qué quieres?—Pues en ese caso yo quiero ternera española asada, y vino español de Valdepeñas, si lo hay; pero ha de ser un Valdepeñas español.—No, que será Valdepeñas francés: si Valdepeñas está en la Mancha, hombre.—Con todo, señor; con estos hombres toda precaucion es poca.

Tomamos pues nuestro refrigerio: dimos otra vuelta por el salon, y nos restituimos á nuestras celdas, dejando alli todavia como tres mil personas, para quienes ni habia guerra, ni habia miseria, ni duelos ni quebrantos, sino gilgorio y mas gilgorio; y yo me puse á escribir lo que alli habia visto, y se me ha corrido la pluma insensiblemente hasta llenar una capillada entera.

CUÁDRUPLE ALIANZA ESCOLÁSTICO-GERUNDIO-
LEONÍNA.

Al ver el tono sério de mi respuesta al Estudiante en la última capillada, se me presentó el martes el leon de la derecha del Congreso con un billete de honroso desafio de parte de aquel: aceptóse por parte de Fr. Gerundio: nombróse por padrinos á los dos leones; y resultó.... haber sido desafio de broma, y haber quedado en cenar juntos todos cuatro la primer noche de máscaras en Oriente en cuádruple satisfaccion, como puede verse en el número de ayer del Estudiante.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.